

Zizioulas, John D. *Remembering the Future. Toward an Eschatological Ontology*. Alhambra (CA): St. Sebastian Orthodox Press, 2023, 333 pp. ISBN: 978-1-936773-95-4.

Zizioulas, Joannis. *Teología en perspectiva escatológica. El futuro siempre presente*. Verdad e Imagen 228. Salamanca: Sígueme, 2024, 382 pp. ISBN: 978-84-301-2230-1.

Más allá de las fronteras de la ortodoxia, John Zizioulas (1931-2023) es reconocido como uno de los teólogos contemporáneos más sobresalientes en el panorama de la teología sistemática cristiana. En continuidad con *Being as Communion* (1985) y *Communion and Otherness* (2006) este trabajo, recientemente publicado como obra póstuma, traslada a la escatología cristiana el fruto de la teología de la creación, la ontología de la persona y la eclesiología eucarística que han conformado las referencias esenciales del pensamiento teológico del Metropolita de Pérgamo. En esta clave, lo que el lector va a encontrar en este «recuerdo del futuro» es una original revitalización del vínculo entre el sentido lógico y la trascendencia existencial de la escatología cristiana. Porque «la escatología no es simplemente una doctrina; es una orientación, una perspectiva, un modo de existencia [...] Así es como la Iglesia vio y experimentó las “últimas cosas” desde el principio» (p. 1).

En efecto, Zizioulas trata de devolver la escatología al corazón del discurso teológico y de la inquietud de la vida cristiana mostrando cómo la hermenéutica evangélica y patrística fija la mirada de la fe en el significado ontológico de la Resurrección de Cristo; es decir, en la luz que arroja *una persona* sobre la «relación» como verdadera instancia de la consistencia definitiva (de *su* futuro) que anhela todo aquello que *es* (cf. Col 1,15-20). De modo que «el mundo no fue creado *solamente* porque Dios lo quisiera desde la eternidad [...], sino porque quiso que fuera incorporado a su Hijo al final de los tiempos: *por una razón escatológica*» (p. 154). Es el carácter *personal* de esta razón escatológica la que permite a los Padres capadocios formular una ontología (teológica) revolucionaria que nunca se convirtió en un sistema (como sí sucedería en la teología medieval occidental) sino en un recurso para pensar las verdades de la fe: «el ser no se refiere exclusivamente a *lo que* Dios es (su sustancia); también dice *cómo* es, apunta a sus *hipóstasis* o *personas* (Padre, Hijo y Espíritu). La sustancia de Dios no nos es accesible más que a través de las *energías* que irradia por medio de su amor creador y santificador [cf. J. Meyendorff], mientras que sus hipóstasis nos son entregadas para la *comunión* con el ser divino, sobre todo en la Encarnación. *La ontología, por tanto, sólo puede aplicarse a la teología en la forma del ser como comunión*» (p. 66). En lo que se refiere a la teología de los Padres, Zizioulas se deja acompañar constantemente por la madurez que demuestra Máximo el Confesor (siglo VII) quien, al reconocer el corazón cristológico del *kerygma* evangélico (cf. Ireneo de Lyon) logró afianzar la teología trinitaria capadocia

formulando por vez primera una eficaz ontología de la escatología cristiana. Con ello consigue contrarrestar la influencia del canon platónico en la revelación cristiana, y elaborar una comprensión del ser de la historia cuya razón o *logos* reside en el final (la voluntad personal de Dios) y no en el principio (la atracción innominada de lo pensable).

Sobre estos fundamentos, el libro invita además a explorar —al menos de manera incipiente— alguna de las ramificaciones antropológicas (éticas, estéticas, científicas...) y eclesiológicas (vinculación en la resurrección de Cristo entre Espíritu, Reino de Dios y memorial eucarístico, relación entre comunión e institución, práctica celebrativa y vivencia del tiempo como tiempo redimido...) que se desprenden de una ontología escatológica fundada en el don personal del *Otro*, de Dios (pp. 141-152 y 277-313).

El libro parte de una larga introducción (pp. 1-62) en que el autor bosqueja aquellas ideas que se han instalado en la teología escatológica cristiana y obstaculizan que la continuidad entre *lex orandi* y *lex credendi* sirva como verdadero referente de la dogmática teológica: la caracterización «protológica» de la ontología griega, la confusión entre teología de la creación y teología del ser en cuanto *lo dado* o *cognoscible* (cf. Orígenes), la identificación de los *logoi* o potencias naturales con el pensamiento y no con la voluntad de Dios, la reducción de la *theosis* del ser humano a la viabilidad ontológica de su alma, la confirmación teológica de la cruz de Cristo como verdadera epifanía de la acción salvífica de Dios (J. Moltmann), la progresiva separación existencial entre experiencia postpascual y *anamnesis* eucarística, etc. A partir de estas consideraciones iniciales el libro se estructura en cinco capítulos.

En los tres primeros capítulos (“Escatología y ontología”; “Escatología y creación”; “Escatología y ‘caída’”) el autor despliega cuáles son las fuentes del espíritu escatológico de la teología cristiana de la creación y del pecado. Desde que la teología bíblica (cf. Johannes Weiss; Albert Schweitzer) avanzase de manera convincente que la *raison d’être* del Evangelio se encuentra en la predicación de la llegada inminente del Reino de Dios, la escatología ya no puede seguir concibiéndose como el último capítulo de la dogmática; porque, en efecto, a la luz de la resurrección de Cristo tanto el *ser* del hombre y como el *ser* del mundo se configura dinámicamente como un viaje en el tiempo: *del futuro al presente*. De modo que el futuro es la causa, no el efecto, del pasado, porque el futuro anunciado en Cristo por el Espíritu no tiene la vocación de convertirse en historia —es decir, en una aspiración del presente que no haría sino contribuir finalmente a perpetuar la condición de lo que existe *en el tiempo* como *ser-para-la-muerte* (cf. W. Pannenberg)—, sino de confirmar que la historia vive de la potencia que le es propia a la naturaleza creada como *ser-para-la-vida* (cf. Máximo el Confesor). La «caída» del hombre niega al mundo el futuro, porque al pretender —a la manera platónica— que crece al retornar a una situación ideal original (a un conocimiento que Dios se ha reservado), lo que hace en última instancia es fijar la teleología del mundo como ser creado a la perpetuación de la dialéctica entre ser y *no-ser*

(cf. Aristóteles), de la que el ser de la creación ha dejado de estar amenazado una vez erigido.

El capítulo cuarto (“Escatología, infierno y juicio final”) explora cómo la comprensión ontológica de cielo e infierno permite iluminar la verdadera hondura soteriológica de la libertad humana y el amor divino más allá de cualquier interpretación psicológica del mal y sus efectos o de la determinación del amor divino (cf. apocatástasis). «¿Puede existir verdadero amor sin libertad? Si los seres libres, como lo son los hombres o los demonios, no desean participar de Dios en virtud de su libertad, ¿podría un acto de amor por parte de Dios privarlos de la libertad de rechazar ese ofrecimiento *para siempre*?» (p. 239). El recurso a la teología de la gracia («participación» de la comunión amorosa de Dios) de Máximo el Confesor, permite a Zizioulas ofrecer una visión muy aguda de la capacidad de la que ha sido dotado el hombre para elegir *no-ser*, así como del papel que juega en esa elección la manipulación a que somete «el odio» (lo *demoniaco*) la continuidad entre su condición de ser en relación (ser *bueno*) y para la relación (ser *eterno*). Tras leer este capítulo, en concreto, al lector le asalta la sensación de que, con el paso del tiempo, la teología ha minimizado el valor teológico de la escatología cristiana al haber psicologizado sus enunciados concretos, negando así a la antropología y la ética cristiana la luz que procede de su vínculo con la comunión divina.

El capítulo quinto (“Escatología y tiempo litúrgico”), finalmente, permite al autor presentar la liturgia y, más en concreto su corazón eucarístico, como el ámbito en que la vida cristiana ha dado cauce *personal* (en clave de representación) a la «sabiduría del futuro» percibida por los apóstoles en sus encuentros con el Resucitado. La Divina Eucaristía es un verdadero ejercicio de lo que Zizioulas llama una ontología *epifánica* o *icónica* (pp. 27-28 y 159-169), en su caso del Reino de Dios (pp. 275-277); es decir, una manifestación activa de lo que constituye lo real (el futuro de Dios) y, por eso mismo, desea decirse con la mayor nitidez posible aprovechando toda posibilidad de expresión (toda *imagen*). Zizioulas dedica una buena parte de este capítulo a denunciar aquellas prácticas concretas de la liturgia ortodoxa de la Eucaristía que se han convertido en inercias que opacan su condición de *anamnesis del futuro, comunión en el Espíritu y anhelo del Reino*. Aunque el autor se refiera a prácticas rituales tal vez desconocidas para el lector católico, no por eso deja de ser una reflexión inspiradora para quien observa inercias similares en su propia tradición. No en vano, la celebración es expresión, como observa el autor en otro lugar, no de lo que «la Iglesia es o lo que era, sino de lo que será» (“The Church and the Eschaton”, en P. Kalaitzidis [ed.], *Church and Eschatology*, Kastaniotis Publications: Athens 2003, p. 42).

En síntesis, la lectura de esta obra de Zizioulas alentará a docentes y estudiantes de teología a seguir caminando *hacia una ontología escatológica* en otros territorios de la doctrina cristiana (como ha hecho el autor aquí en el ámbito de la creación y la eclesiología). El creyente que se acerque a sus páginas podrá comprobar y gustar, tal vez por vez primera, cómo reflexiona un pastor que,

como aquéllos a quienes llamamos los Padres de la Iglesia, combina el rigor del pensamiento con la audacia del diálogo con las preocupaciones y luchas en las que la vida cristiana palpa, a veces con más gozo a veces con más zozobra, que el tiempo es un tiempo ya redimido.

JUAN MANUEL CABIEDAS TEJERO
Universidad Pontificia de México
juanmanuel.cabiedas@pontificia.edu.mx

Lang, Uwe Michael. *Breve historia de la Misa Romana*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 2024, 164 pp. ISBN: 9788470576850.

La obra que aquí se reseña es la traducción española de una serie de entradas publicadas por el sacerdote oratoriano Uwe Michael Lang en *AB Insight* (el boletín mensual de *Adoremus*). Pensadas para llegar a un público amplio, dichas publicaciones se han convertido en los capítulos de este libro breve, que nos presenta la historia de la misa romana de forma tal que cualquier fiel interesado puede hacerse una idea general de ella. Ahora bien, ¿por qué una historia de este rito? Como dice el autor, porque se trata del «rito litúrgico más utilizado en la Iglesia católica» (p. 11). ¿Y para qué esta historia? Para ayudar «no sólo al clero en su ministerio sacramental, sino también a los laicos a participar fructíferamente en la liturgia de la Iglesia» (p. 11). Por eso, para celebrar mejor en el futuro, el libro nos redescubre el pasado. De esta manera, la historia de nuestra misa actual nos la descubre el sacerdote oratoriano como la de una tradición litúrgica romana «en contacto e intercambio con otras iglesias locales a lo largo de los siglos» (p. 11). Así, a lo largo de todas sus páginas, recorreremos de la mano del autor el desarrollo del rito romano desde los orígenes neotestamentarios hasta el día de hoy.

En lo que respecta a los orígenes, el sacerdote oratoriano transita de las fuentes neotestamentarias a la *Didaché*, la *Primera Apología* de san Justino y la *Tradición apostólica*. Nos da una descripción del culto de los primeros siglos y nos enseña cuáles son las dos tradiciones litúrgicas que se constituyeron (la antioquena y la alejandrina). Tras estos antecedentes, el autor documenta el periodo de formación del rito romano con las catequesis de san Ambrosio y luego con el Misal de Bobbio. Ahora bien, destaca especialmente en estos comienzos la importancia de la liturgia estacional papal, cuya reglamentación queda recogida en el *Ordo Romanus I*. En este punto, el padre Lang nos hace ver cómo la misa pontifical resultó ser el modelo del que participaron el resto de las celebraciones. Además, señala como una de las claves del desarrollo del rito la inversión de este principio siglos después —comenzando con los franciscanos y confirmándose en Trento—, con el triunfo de la misa baja (cf. p. 121).